

9. Que no penseis, que alma que llega Dios á tanto, la deja tan apriesa de su mano, que no tenga bien el demonio que trabajar, y siente su Majestad tanto que se le pierda, que le da mil avisos interiores de muchas maneras: así que no se le podrá esconder el daño.

10. En fin, sea la conclusion en esto, que procuremos siempre ir adelante, y si esto no hay, andemos con gran temor, porque sin duda algun salto nos quiere hacer el demonio; pues no es posible, que habiendo llegado á tanto, deje ir creciendo, que el amor jamás está ocioso; y así será harto mala señal. Porque alma que ha pretendido ser esposa del mismo Dios, y tratádose ya con su Majestad, y llegado á los términos que queda dicho, no se ha de echar á dormir.

11. Y para que veais, hijas, lo que hace con las que ya tiene por esposas, comencemos á tratar de las sextas Moradas, y vereis cómo es poco todo lo que pudiéramos servir y padecer y hacer para disponernos á tan grandes mercedes: que podrá ser haber ordenado nuestro Señor que me lo mandasen escribir, para que puestos los ojos en el premio, y viendo cuán sin tasa es su misericordia (pues con unos gusanos quiere así comunicarse y mostrarse) olvidemos nuestros contentillos de tierra, y puestos los ojos en su grandeza corramos encendidas en su amor.

12. Plega á Él, que acierte yo á declarar algo de cosas tan dificultosas; que si su Majestad y el Espíritu Santo no menea la pluma, bien sé que será imposible; y si no ha de ser para vuestro provecho, le suplico no acierte á decir nada, pues sabe su Majestad, que no es otro mi deseo, á cuanto puede entender de mí, sinó que sea alabado su nombre, y que nos esforcemos á servir á un Señor, que así paga áun acá en la tierra, por donde podemos entender algo de lo que nos ha de dar en el cielo, sin los intervalos y trabajos y peligros que hay en este mar de tempestades, porque á no le haber de perderle y ofenderle, descanso sería, que no se acabase la vida hasta la fin del mundo, por trabajar por tan gran Dios y Señor y Esposo. Plega á su Majestad merezcamos hacerle algun servicio, sin tantas faltas como siempre tenemos, áun en las obras buenas. Amen.

## MORADAS SEXTAS.

### CAPITULO I.

Trata, cómo en comenzando el Señor á hacer mayores mercedes hay más grandes trabajos. Dice algunos, y cómo se han con ellos los que están ya en esta Morada. Es bueno para quien los pasa interiores.

1. Pues vengamos con el favor del Espíritu Santo á hablar en las sextas Moradas, adonde el alma ya queda herida del amor del Esposo, y procura más lugar que estar sola, y quitar todo lo que puede, conforme á su estado, que la puede estorbar de esta soledad. Está tan esculpida en el alma aquella vista, que todo su deseo es tornarla á gozar. Ya he dicho, que en esta oracion no se ve nada, que se pueda decir ver, ni con la imaginacion, digo vista, por la comparacion que puse (1).

2. Ya el alma bien determinada queda á no tomar otro esposo, mas el Esposo no mira á los grandes deseos que tiene de que se haga ya el desposorio, que aún quiere que lo desee más, y que le cueste algo bien, que es el mayor de los bienes. Y aunque todo es poco para tan grandísima ganancia, yo os digo, hijas, que no deja de ser menester la muestra y señal que ya se tiene de ella, para poderse llevar.

3. ¡ Oh válame Dios, y qué son los trabajos interiores y exteriores que padece, hasta que entra en la sétima Morada!

(1) Este es uno de los pasajes con que se refuta la anticatólica doctrina de Muratori, que en su obra, escrita en italiano, sobre las fuerzas de la fantasía, achaca las revelaciones de Santa Teresa á la exaltacion de su imaginacion. De otra manera las han mirado la Iglesia y los Santos más eminentes de ella; por tanto la petulancia de Muratori sobre este punto es temeraria é impía. Véase sobre esto los números 1778 de la *Vida de Santa Teresa*, por los Bolandistas.

Por cierto que algunas veces lo considero, y que temo, que si se entendiesen ántes, sería dificultosísimo determinarse la flaqueza natural para poderlo sufrir ni determinarse á pasarlo, por bienes que se le representasen, salvo si no hubiese llegado á la sétima Morada, que ya allí nada no se teme, de arte que no se arroje muy de raíz el alma á pasarlo por Dios. Y es la causa, que está cási siempre tan junta á su Majestad, que de allí le viene la fortaleza.

4. Creo será bien contaros algunos de los que yo sé que se pasan con certidumbre. Quizá no serán todas las almas llevadas por este camino, aunque dudo mucho que vivan libres de trabajos de la tierra, de una manera ó de otra, las almas que á tiempos gozan tan de veras de cosas del cielo. Aunque no tenía por mí de tratar de esto, he pensado, que algun alma que se vea en ello, le será gran consuelo saber, qué pasa en las que Dios hace semejantes mercedes, porque verdaderamente parece entónces que está todo perdido.

5. No llevaré por concierto como suceden, sinó como se me ofrecieran á la memoria; y quiero comenzar de los más pequeños, que es una grita de las personas con quien se trata, y áun con las que no trata, sinó que en su vida le pareció se podían acordar de ella—que se hace santa, que hace extremos para engañar al mundo, y para hacer á los otros ruines, que son mejores cristianos sin esas ceremonias; y háse de notar, que no hay ninguna, sinó procurar guardar bien su estado. Los que tenía por amigos, se apartan de ella, y son los que le dan mejor bocado (y es de los que mucho se sienten)—que va perdida aquel alma y notablemente engañada; que son cosas del demonio, que ha de ser como aquella y la otra persona que se perdió, y ocasion de que caiga la virtud, que trae engañados los confesores, é ir á ellos y decírselo, poniéndole ejemplos de lo que acaeció á algunos que se perdieron por aquí, mil maneras de mofas, y de dichos de estos.

6. Yo sé de una persona, que tuvo harto miedo no habia de haber quién la confesase, segun andaban las cosas, que por ser muchas, no hay para qué me detener (1): y es lo peor,

(1) Era la misma Santa Teresa: véase lo que refiere sobre esto en el capítulo xxviii de su *Vida*.

que no pasan de presto, sinó que es toda la vida, y el avisarse unos á otros que se guarden de tratar personas semejantes. Diréisme, que tambien hay quien diga bien. ¡Oh hijas, y qué pocos hay que crean ese bien en comparacion de los muchos que abominan!

7. Cuanto más, que ese es otro trabajo mayor que los dichos, porque el alma ve claro, que si tiene algun bien es dado de Dios, y en ninguna manera no suyo, porque poco ántes se vió muy pobre y metida en grandes pecados, ésle un tormento intolerable, al ménos á los principios, que despues no tanto, por algunas razones.

8. La primera, porque la experiencia le hace claro ver, que tan presto dice bien como mal, y así no hacen más caso de lo uno que de lo otro.

9. La segunda, porque le ha dado el Señor mayor luz, de que ninguna cosa buena es suya, sinó dada de su Majestad, y como si la viese en tercera persona olvidada, que tiene allí ninguna parte, se vuelve á alabar á Dios.

10. La tercera, si ha visto algunas almas aprovechadas de ver las mercedes que Dios la hace, piensa que tomó su Majestad este medio de que la tuviesen por buena, no lo siendo, para que á ellas les viniese bien.

11. La cuarta, porque tiene más delante la honra y gloria de Dios, que la suya: quítase una tentacion que da á los principios, de que esas alabanzas han de ser para destruirla, como ha visto algunas, y dásele poco de ser deshonorada, á trueque de que siquiera una vez sea Dios alabado por su medio: despues venga lo que viniere.

12. Estas razones y otras aplacan la mucha pena que dan estas alabanzas, aunque cási siempre se siente alguna, si no es cuando poco ni mucho se advierte, mas sin comparacion es mayor trabajo verse así, en público tener por buena sinrazon, que no los dichos: y cuando ya viene á no le tener mucho de esto, muy mucho ménos le tiene de esotro, ántes le huelga, y le es como música muy suave.

13. Esto es gran verdad, y ántes fortalece el alma que la acobarda; porque ya la experiencia la tiene enseñada la gran ganancia, que le viene por este camino, y parécele que no ofenden á Dios los que la persiguen, ántes que lo permite su

Majestad para gran ganancia suya; y como lo siente claramente, tómales un amor particular muy tierno, que le parece aquellos son más amigos, y que la dan más á ganar, que los que dicen bien.

14. Tambien suele dar el Señor enfermedades grandísimas. Este es muy mayor trabajo, en especial cuando son dolores agudos, que en parte si ellos son récios, me parece el mayor que hay en la tierra, digo exterior, aunque entren cuantos quisieren, si es de los muy récios dolores: digo, porque descomponen lo interior y exterior, de manera, que aprieta un alma que no sabe qué hacer de sí: y de muy buena gana tomaría cualquier martirio de presto, que estos dolores; aunque en grandísimo extremo no duran tanto, que en fin, no da Dios más de lo que se puede sufrir, y da su Majestad primero la paciencia, mas de otros grandes en lo ordinario y enfermedades de muchas maneras.

15. Yo conozco una persona, que desde que comenzó el Señor á hacerle esta merced que queda dicha, que há cuarenta años, no puede decir con verdad, que ha estado día sin tener dolores, y otras maneras de padecer; le falta de salud corporal digo, sin otros grandes trabajos (1). Verdad es, que habia sido muy ruin, y para el infierno que merecía, todo se le hace poco. Otras que no hayan ofendido tanto á nuestro Señor, las llevará por otro camino, mas yo siempre escogería el del padecer, siquiera por imitar á nuestro Señor Jesucristo, aunque no hubiese otra ganancia, en especial que siempre hay muchas. Oh, pues, si tratamos de los interiores, estotros parecerian pequeños, si éstos se acertasen á decir, sinó que es imposible darse á entender de la manera que pasan.

16. Comencemos por el tormento que da topar con un confesor tan cuerdo y poco experimentado, que no hay cosa que tenga por segura; todo lo teme, en todo pone duda, como ve cosas no ordinarias. En especial si en el alma que las tiene ve alguna imperfeccion (que les parecen han de ser ángeles á

(1) Era la misma Santa Teresa: véanse los capítulos v y vi de su *Vida*; en otros varios parajes de sus fundaciones se ve que casi siempre andaba enferma. Por lo comun vomitaba por la noche el escaso alimento que habia tomado durante el dia.

quien Dios hiciere estas mercedes, y es imposible miéntras estuvieren en este cuerpo) luégo es todo condenado, ó demonio, ó melancolía. Y de ésta está el mundo tan lleno, que no me espanto, que hay tanta ahora en el mundo, y hace el demonio tantos males por este camino, que tienen muy mucha razon de temerlo y mirarlo muy bien los confesores.

17. Mas la pobre alma que anda con el mismo temor, y va al confesor como á juez, y ese lo condena, no puede dejar de recibir tan gran tormento y turbacion, que sólo entenderá cuán gran trabajo es quien hubiere pasado por ello. Porque este es otro de los grandes trabajos que estas almas padecen, en especial si han sido ruines, pensar que por sus pecados ha Dios de permitir que sean engañadas, y aunque cuando su Majestad les hace la merced están seguras, y no pueden creer ser otro espíritu, sinó de Dios, como es cosa que pasa de presto, y el acuerdo de los pecados se está siempre, y ve en sí faltas (que éstas nunca faltan) luégo viene este tormento.

18. Cuando el confesor la asegura, aplácese, aunque torna: mas cuando él ayuda con más temor, es cosa casi insufrible, en especial cuando tras esto vienen unas sequedades, que no parece que jamás se ha acordado de Dios ni se ha de acordar, y que como una persona de quien oyó decir desde léjos, es, cuando oye hablar de su Majestad.

19. Todo no es nada, si no es que sobre esto venga el parecer, que no sabe informar á los confesores, y que los trae engañados, y aunque más piensa, y ve que no hay primer movimiento que no los diga, no aprovecha; que está el entendimiento tan oscuro, que no es capaz de ver la verdad, sinó creer lo que la imaginacion le representa; que entónces ella es la señora, y los desatinos que el demonio la quiere representar, á quien debe nuestro Señor de dar licencia, para que la pruebe, y aún para que la haga entender que está reprobada de Dios; porque son muchas las cosas que la combaten con un apretamiento interior; de manera tan sentible é intolerable, que yo no sé á qué se pueda comparar, sinó á los que padecen en el infierno; porque ningun consuelo se admite en esta tempestad.

20. Si le quieren tomar con el confesor, parece han acudido los demonios á él, para que la atormente más: y así tra-

tando uno con un alma que estaba en este tormento, despues de pasado, que parece apretamiento peligroso, por ser de tantas cosas juntas, la decia le avisase cuando estuviese así y siempre era tan peor que vino él á entender, que no era más en su mano. Pues si se quiere tomar un libro de romance, persona que sabía bien leer, le acaecia no entender más de él que si no supiera letra, porque no estaba el entendimiento capaz.

21. En fin, que ningun remedio hay en esta tempestad, sinó aguardar á la misericordia de Dios, que á deshora con una palabra suya, ó una ocasion, que acaso sucedió, lo quita todo tan de presto, que parece no hubo nublado en aquel alma, segun queda llena de sol y de mucho más consuelo. Y como quien se ha escapado de una batalla peligrosa con haber ganado la victoria, que alabando á nuestro Señor, que fué el que peleó para el vencimiento; porque conoce muy claro que ella no peleó, que todas las armas con que se podia defender, le parece que las ve en manos de su contrario, y así conoce claramente su miseria, y lo poquísimo que podemos de nosotros si nos desamparase el Señor.

22. Parece que ya no há menester consideracion para entender esto, porque la experiencia de pasar por ello, habiéndose visto del todo inhabilitada, le hacía entender nuestra nonada, y cuán miserable cosa somos; porque la gracia (aunque no debe de estar sin ella, pues con toda esta tormenta no ofende á Dios, ni le ofenderia por cosa de la tierra) está tan escondida, que ni aún una centella muy pequeña le parece no ve de que tiene amor de Dios, ni que le tuvo jamás; porque si ha hecho algun bien, ó su Majestad le ha hecho alguna merced, todo le parece cosa soñada, y que fué antojo: los pecados ve cierto que los hizo.

23. ¡Oh Jesus, y qué es ver un alma desamparada de esta suerte, y, como he dicho, cuán poco le aprovecha ningun consuelo de la tierra! Por eso no penseis, hermanas, si alguna vez os viéreis así, que los ricos, y los que están con libertad, tendrán para estos tiempos más remedio. No, no, que me parece á mí es como si á los condenados les pusiesen cuantos deleites hay en el mundo delante, no bastarian para darles alivio, ántes les acrecentaria el tormento, así acá viene de ar-

riba, y no valen aquí nada cosas de la tierra. Quiere este gran Dios que conozcamos rey, y nuestras miserias, é importa mucho para lo de adelante.

24. ¿Pues qué hará esta pobre alma, cuando muchos dias le durare así? Porque si reza es como si no rezase; para su consuelo, digo, que no se admite en lo interior, ni aún se entiende lo que reza, ella misma á sí, aunque sea vocal, que para mental no es este tiempo en ninguna manera, porque no están las potencias para ello. Antes hace mayor daño la soledad, con que es otro tormento por sí, estar con nâdie, ni que la hablen; y así por muy mucho que se esfuerce, anda con un desabrimento y mala condicion en lo exterior, que se le echa mucho de ver.

25. ¿Es verdad que sabrá decir lo que há? es indecible porque son apretamientos y penas espirituales, que no se saben poner nombre. El mejor remedio (no digo para que se quite, que yo no le hallo, sinó para que se pueda sufrir) es entender en obras de caridad exteriores, y esperar en la misericordia de Dios, que nunca falta á los que en Él esperan. Sea por siempre bendito, amen.

26. Otros trabajos que dan los demonios, exteriores, no deben ser tan ordinarios, y así no hay para qué hablar en ellos, ni son tan penosos con gran parte; porque por mucho que hagan, no llegan á inhabilitar así las potencias, á mi parecer, ni á turbar el alma de esta manera, que en fin, que la razon para pensar que no pueden hacer más de lo que el Señor les diere licencia, y cuando ésta no está perdida, todo es poco, en comparacion de lo que queda dicho.

27. Otras penas interiores irémos diciendo en esta Morada, tratando diferencias de oracion y mercedes del Señor, que aunque algunas son aún más recio que lo dicho en el padecer, como se verá por cuál deja el cuerpo, no merecen nombre de trabajos, ni es razon que se le pongamos, por ser tan grandes mercedes del Señor, y que en medio de ellos entiende el alma que lo son, y muy fuera de sus merecimientos.

28. Viene ya esta pena grande, para entrar en la sétima Morada, con otros hartos, que algunos diré, porque todos será imposible, ni aún declarar cómo son; porque vienen de otro

linaje que los dichos, muy más alto; y si en ellos, con ser de más baja casta, no he podido declarar más de lo dicho, ménos podré en estotro. El Señor dé para todo su favor, por los méritos de su Hijo. Amen.

## CAPITULO II.

Trata de algunas maneras con que despierta nuestro Señor el alma, que parece no hay en ellas que temer, aunque es cosa muy subida, y son grandes mercedes.

1. Parece que hemos dejado mucho la palomica, y no hemos; porque estos trabajos son los que la hacen más alto vuelo. Pues comencemos ahora á tratar de la manera, que se há con ella el Esposo; y cómo ántes que del todo lo sea, se lo hace bien desear, por unos medios tan delicados, que el alma misma no los entiende, ni yo creo acertaré á decir para que lo entienda, si no fueren las que han pasado por ello; porque son unos impulsos tan delicados y sutiles, que proceden de lo muy interior del alma, que no sé qué comparacion poner que cuadre.

2. Va bien diferente de todo lo que acá podemos procurar y áun de los gustos que quedan dichos, que muchas veces estando la misma persona descuidada, y sin tener la memoria en Dios, su Majestad la despierta, á manera de una cometa, que pasa de presto, ó un trueno, aunque no se oye ruido; mas entiende muy bien el alma, que fué llamada de Dios; y tan entendido, que algunas veces, en especial á los principios, la hace estremecer y áun quejar, sin ser cosa que le duele. Siente ser herida sabrosísimamente, mas no atina cómo, ni quién la hirió: mas bien conoce ser cosa preciosa, y jamás querria ser sana de aquella herida.

3. Quéjase con palabras de amor, áun exteriores, sin poder hacer otra cosa á su Esposo, porque entiende que está presente, mas no se quiere manifestar de manera, que deje gozarse, y es harta pena, aunque sabrosa y dulce; y aunque quiera no tenerla, no puede; mas esto no querria jamás. Mucho más le satisface que el embebecimiento sabroso, que carece de pena, de la oracion de quietud.

4. Deshaciéndome estoy, hermanas, por daros á entender esta operacion de amor, y no sé cómo, porque parece cosa contraria dar á entender el Amado claramente que está con el alma, y parecer que la llama con una seña tan cierta, que no se puede dudar, y un silbo tan penetrativo para entenderlo el alma, que no le puede dejar de oír; porque no parece sinó que en hablando el Esposo, que está en la sétima Morada, por esta manera, que no es habla formada, toda la gente que está en las otras no se osan bullir, ni sentidos, ni imaginacion, ni potencias.

5. ¡Oh mi poderoso Dios, qué grandes son vuestros secretos, y qué diferentes las cosas del espíritu á cuanto por acá se puede ver ni entender, pues con ninguna cosa se puede declarar ésta tan pequeña, para las muy grandes que obráis con las almas! Hace en ella tan gran operacion, que se está deshaciendo de deseo, y no sabe qué pedir, porque claramente le parece, que está con ella su Dios. Diréisme, pues, si esto entiende, ¿qué desea, ó qué le da pena? ¿qué mayor bien quiere? No lo sé: sé que parece le llega á las entrañas esta pena, y qué cuando de ellas saca la saeta el que la hiere, verdaderamente parece que se las lleva tras sí, segun el sentimiento de amor que siente.

6. Estaba pensando ahora, si sería que de este fuego del brasero encendido, que es mi Dios, saltaba alguna centella y daba en el alma, de manera que se dejaba sentir aquel encendido fuego, y como no era aún bastante para quemarla, y él es tan deleitoso, queda con aquella pena, y al tocar hace aquella operacion; y paréceme es la mejor comparacion que he acertado á decir; porque este dolor sabroso, y no es dolor, no está en un sér, aunque á veces dura gran rato, otras de presto se acaba, como quiere comunicarle el Señor, que no es cosa que se puede procurar por ninguna vía humana; mas aunque está algunas veces rato, quítase y torna.

7. En fin, nunca está estante, y por eso no acaba de abrazar el alma, sinó ya que se va á encender, muérese la centella, y queda con deseo de tornar á padecer aquel dolor amoroso que le causa. Aquí no hay pensar si es cosa movida del mismo natural, ni causada de melancolía, ni tampoco engaño del demonio, ni si es antojo; porque es cosa, que se deja